115. *¡Oh Dios mío!*, te digo, con las palabras que me enseña la Iglesia en Prima: *Mira a tu siervo y atiende a todas sus obras y dirígeme. Que siempre esté la hermosura de tu luz envolviéndome, y dirige todas mis acciones hacia Ti, y encamina todas mis empresas.* Mírame y guía hacia Ti todos mis pasos y da vida tuya a todos mis actos.

Hablo con Dios. Estoy abriendo ante El mi alma; le estoy exponiendo mi voluntad y mis deseos, aun cuando El me los ve más claramente que yo mismo y está íntimamente presente en mí. Estoy y trato con el Ser infinito y omnipotente, y esta Majestad soberana me atiende y se me comunica, está en mí y quiere hacerse mío.

Por mucho que intente hacer resaltar esta grande y dulcísima verdad de la grandeza y majestad de Dios presente en mí, nunca llegaré a la persuasión y claridad íntima que debiera tener, y si alguna vez me concediera luz y amor extraordinario, moriría o estaría a punto de morir de delicia y dicha, como los santos que los recibieron.

Porque la Sabiduría, hermosura y poder infinito está presente en mí, en lo más íntimo mío, de tal manera que presencia mis propios pensamientos y su desenvolvimiento, que ve mis deseos y alienta mis aspiraciones buenas y me inspira las inclinaciones de obrar bien y recoge las súplicas que aún no han expresado mis labios, pero que ya ha formulado mi alma en secreto. También ve y

preside las inclinaciones torcidas de mi cuerpo y los desórdenes y las tormentas que me invaden.

Dios está adentro, en mí, irradiando todo mi ser. Dios está como luz que me penetra y me envuelve iluminando mi oscuridad. Es el sol de dentro y de fuera que me envuelve y viste todas las cosas de belleza. Es el sol que ahuyenta todas las oscuridades y todas las sombras y no hay escondrijo que no esclarezca. Este sol está dentro de mi alma, dentro de mis potencias. Este sol es el que da la vida a todo mi ser: a mi espíritu y a mi organismo corpóreo. Yo no sabría discurrir si Dios no me diera esta facultad; yo no tendría pensamientos si Dios no me diera vitalidad para pensar; yo no podría amar si Dios no me diera poder para hacer actos de amor. Yo no conozco el modo de unirse el pensamiento de mi alma a mi cerebro ni cómo lo espiritual de mi alma se manifiesta por las palabras que pronuncian mis labios de carne. Pero es misterio que realizo constante e inconscientemente. Dios lo sabe y me da poder para realizarlo. Dios está en medio de mí presidiendo todo esto y sin quitarme mi voluntad ni mi responsabilidad, me da el poder, el querer, el amar, el pensar y el hablar.

116. Y quieres, oh Señor mío, que todos estos pensamientos y afectos te los presente y te los ofrezca. Mi oración, que es trato de amor contigo,

debe ser sobremanera confidencial. Estoy en la oración recibiendo no una lluvia de agua que me viene de fuera y empapa mi vestido, sino una lluvia misteriosa, espiritual, de gracia sobrenatural, que entra dentro de mi misma alma, dentro, en las raigambres de mi vitalidad, en todas mis potencias, en todo mi ser.

Mi alma en la oración está con Dios, se mira con Dios, habla sin engaños a Dios presente; si no sabe hablarle con las palabras de los labios, le habla con la palabra de la presencia, del ofrecimiento, de la verdad. Hablo al Criador de todas las cosas, que es mi Padre, mi Creador y el que me conserva. Hablo al que me ha prometido la gloria y me la dará y le hablo confidencialmente.

Orar es amar, y *«amar a Dios es la más alta perfección de la criatura racional, ya que por el amor se une en cierta manera con Dios». «Y la más alta perfección del hombre consiste en que el hombre tenga su mente atenta a Dios»* (Santo Tomás, *C. Gentes*, lib. I, cap. 80, y lib. III, cap. 130).

Dios es mi todo y me da todas las cosas y se me da a Sí mismo en amor. Todas las cosas de mi Padre son mías y Dios es mío y para mí. Todo lo recibo de Dios. Me recojo en la oración con El para amarle y pedirle muy principalmente todas las cosas del mundo interior sobrenatural, la vida de la gracia, la hermosura del alma, la bondad interior y la virtud, que ponga en orden mis pensa-

mientos y mis afectos, que serene mis pasiones y apague mis apetitos, que hermosee este jardín de mi alma y le haga florecer en actos de amor a El. Sólo Dios pone en mi alma todas esas virtudes y perfecciones. Dame, Señor, fidelidad en mi cooperación.

117. Y la oración es tratar amorosa y humildemente todo esto. Es ponerme todo totalmente en las manos de Dios para que me comunique el vigor y la vitalidad interior y por ella tenga la perfección exterior. Si Dios pone en mí su amor en lo interior, lo comprobaré en el vencimiento exterior, en la diligencia y delicadeza exterior.

La oración es tratar con Dios, es estar en Dios. No es sólo el hablar, es estar y vivir en Dios. No es el pensar qué diré a Dios o qué afectos sentiré, es mucho más: es estar recibiendo el caudaloso raudal que brota del manantial divino y pone en mi alma la vida interior y las virtudes. Estaré en Dios y Dios en mí poniendo mi atención, que es el mirar de mi alma, en Dios. Estando atento, recibiré la virtud de la aceptación o conformidad a las divinas disposiciones; recibiré la plenitud de gracia que quiere poner en mi alma, con la cual superaré todos los obstáculos y tentaciones. Santa Teresa en la oración se recogía mirando a Dios dentro de su pecho y decía a sus Carmelitas: «No os miréis vacías; vuestro pecho está lleno de Dios.»

Por la atención el alma se entrega y recibe y está tratando con Dios de todas las cosas. Dios, además de poner sus perfecciones en el alma, se pone El mismo. Dios, mi Padre de infinito amor, Dios, que me ha criado para darme una inmensa gloria, quiere poner en mi alma su morada de amor y vivir en mí. Lo deja a mi voluntad y a mi fidelidad a sus llamadas y a su gracia.

La oración es amor y el amor da confianza. La confianza me enseña que Dios es mi Padre y se me da; no sólo me da cuanto tengo, sino que se me da El mismo con su amor.

A los padres que me engendraron llamo mi padre, mi madre; son míos, me han cuidado. Pues Dios es mi Padre y es mío su amor y son míos sus bienes siempre que yo los emplee para el bien, para mi santificación.

Admiro la confianza que tenían los santos en Dios, porque su amor era inmenso. Me conmueve esta enseñanza de San Juan Clímaco: *Fiel no es el que cree sólo que Dios es todopoderoso;* esto lo cree cualquier pagado. *Fiel es el que cree que puede todas las cosas en Dios,* porque es mi Padre y mi Padre no me niega nada de cuanto le pido para bien mío y para su gloria, siempre que vea en mí la fidelidad y no dilapide sus riquezas ni abuse de sus bondades. Dios me lo da todo y se me da a Sí mismo. Es mi Padre.

Los santos, porque amaban mucho a Dios te-

nían mucha confianza. San Vicente Ferrer tocaba todos los días después de predicar a milagros y sanaba a los enfermos que acudían a él. San Juan de la Cruz decía que tanta sería la santidad del alma cuanta fuera la confianza que tuviera en Dios para serlo. En otro orden: estando un día en el campo se levantó una formidable tormenta y muy sereno decía al Señor: Dios mío, nosotros creemos en tu magnificencia. Vemos este estruendo y conmoción de la tempestad y conmoción de la naturaleza producidos por tu poder; nosotros creemos en tu magnificencia aun sin estas fuerzas superiores al hombre. El alma que ama y confía, de todo saca más amor y mayor confianza. *Todo lo puedo en Dios, que me conforta.*

Los hombres de la tierra no lo pueden hacer ni pueden complacer en todo lo que desean, aun cuando posean muchos bienes y mucho poder. Muy conocido fue el caso de un señor muy acaudalado en Madrid. Se casaba su hija, a quien quería mucho, y propuso celebrar la boda con desacostumbrada grandeza y solemnidad. Todo lo había preparado sin escatimar nada. Pero la víspera de la boda empezó a llover y continuó lloviendo todo el día, a pesar de estar en el mes de mayo. La hija mostró al padre su tristeza y pesar por aquel contratiempo que deslucía todo el lujo preparado, y el padre la dijo: «Te he dado todo lo que yo podía y deseabas; he preparado todo lo que estaba

de mi parte. La naturaleza está, no en mi mano, sino en la de Dios.» No pudo darle un día esplendoroso y de lucimiento.

118. Mi Padre celestial sí entra dentro y lo puede todo; entra en mi alma, vive en mi alma, quiere para mi alma toda la hermosura, toda la bondad, todo el esplendor y ornato, y me lo pone en mi mano, en mi voluntad; me da cuanto yo quiera y cuanta capacidad de recibir haga. ¡Dios mío, omnipotente y soberano que estás en mí, bendito seas!

Dios existe en Sí mismo. Dios no necesita de lugar para existir. Dios es eterno. Antes de crear ser alguno existía en Sí mismo y existía tan perfecto, tan feliz, tan infinito, como es después de la creación. Dios no puede crecer; Dios no puede disminuir. Dios no puede recibir ninguna nueva perfección que no tuviera ya perfectísima desde la eternidad. Dios no puede dejar de tener todas las perfecciones que tiene y ha tenido siempre, con la misma gloria, con la misma infinita felicidad. Dios es eterno. La eternidad es el cúmulo simultáneo y el gozo actual de todas las perfecciones. En Dios no puede caber mayor dicha y sólo su entendimiento puede pensar dicha como la suya. Dios no ha recibido nada nuevo con la creación ni ha aprendido nada que no supiera y viera desde siempre.

El entendimiento del hombre no concibe nada que no esté relacionado con el lugar, porque recibimos el conocimiento por medio de los sentidos. Pienso en mi cuerpo, en los seres que me rodean, en los astros y hasta en los mismos espíritus, concibiéndoles relacionados con un lugar y teniendo una forma o configuración.

Antes de la creación, desde siempre, existía Dios y existía en Sí mismo. ¿Cómo, dónde existía? ¿Quién puede saberlo? Existía en Sí mismo. Cómo existía, lo veremos cuando lleguemos al cielo y nos infunda la luz de la gloria para verle a El y todas las cosas en El. Su vista es la gloria y la felicidad. Sin verle a El no puede haber felicidad. Con aquella su luz veremos que éramos muy terrenos y muy materialistas, que no comprendíamos nada ni sabíamos nada en la tierra.

Sois, Dios mío, sobre todo lo que puede imaginarse, sobre lo que puede entender la inteligencia criada, aun después de estar iluminada con la luz de la gloria. Sólo Dios puede entenderse a Sí mismo totalmente.

Dios no necesita lugar para existir; existe en Sí mismo. Dios es acto purísimo, perfectísimo, simplicísimo.

En teología escolástica se llama acto lo que tiene actual existencia de perfección. La palabra *potencia* tiene muy distinta idea de lo que expresamos en el lenguaje ordinario, pues es lo que no

tiene actualidad de existencia de perfección, sino la capacidad de recibir. Dios no tiene potencia, no tiene capacidad de recibir una perfección que ya no tenga, porque las tiene todas, ni puede dejar de tenerlas. Mi alma está en potencia de recibir muchas perfecciones, como espero la felicidad, porque actualmente no las tengo. Dios las tiene actualmente y simultáneamente todas.

Dios es el acto purísimo, el acto infinito, el acto sin limitación alguna en todas las perfecciones, que son perfectas y no encierran imperfección, y de las que encierran imperfección las tiene de modo eminente. Estarán todas las inteligencias esforzándose por encontrar un átomo que Dios no haya criado y no presida y no esté conservando, o una perfección de cualquiera criatura, grande o pequeña, que Dios no posea de modo mucho más eminente y sin imperfección ni limitación, y no la encontrarán. Dios no puede crecer en perfecciones, porque es infinito. Dios no puede disminuir en las perfecciones, porque dejaría de ser infinito y por su misma esencia es ser infinito y necesario y perfectísimo, y el que crea y comunica las perfecciones existentes y posibles.

119. Dios es la actualidad inmutable en actividad infinita del acto purísimo y está siempre obrando una obra infinita, que es su misma vida divina, la vida de Dios, que llamamos *de dentro*,

en su misma esencia, y la está obrando siempre en el infinito gozo. Esta es la obra de Dios Padre engendrando el Hijo, que es Dios infinito como el Padre, y los dos, produciendo el Espíritu Santo, Dios igualmente infinito como el Padre y el Hijo. Y es un solo Dios infinito, porque son una sola esencia y naturaleza simplicísima e infinita, un acto purísimo en infinita actividad de infinita dicha. La obra interior de Dios es infinita como Dios es infinito.

Esta es la obra infinita y continua de Dios, su misma vida. El entendimiento de Dios es idéntico a su esencia y su misma esencia. Como es acto purísimo e infinitamente inteligente, comprende desde toda la eternidad su esencia infinita o se comprende a sí mismo con todos sus atributos o perfecciones, con toda la perfección y claridad que tiene en la existencia. Al conocerse a sí mismo produce dentro de sí algo de sí mismo, una concepción, y como la produce dentro sin exteriorizarlo, es él mismo, no difiere de él, está en tan íntima unión consigo mismo, que es la misma esencia simplicísima y el mismo acto purísimo.

Esta concepción interna del entendimiento infinito de Dios es la Sabiduría infinita de Dios, el Verbo eterno de Dios, la imagen perfectísima y viva del entendimiento divino; y porque es imagen y es viva y procede del entendimiento, es Hijo, y el entendimiento que le engendra es Padre. Es

el mismo entendimiento que entiende y el entendido, el mismo Dios, la misma esencia simplicísima e infinita. El entendimiento que entiende, el Padre, todo lo ve con su capacidad infinita en esta concepción o Verbo, dentro de Sí mismo, con infinita perfección. En esta Sabiduría eterna, que se llama Hijo, en este Verbo o Imagen viva, el entendimiento que entiende, que es el Padre, se ve a Sí mismo perfectísimo, infinito, y ve cuanto es y cuanto puede; ve su omnipotencia y sus perfecciones todas y cuanto puede crear, y lo ve desde que el entendimiento divino entiende, que es desde siempre, eternamente. Ni un momento ha estado este sol eterno sin iluminar ni calentar. Ni un momento ha podido estar el entendimiento sin entender y lo entiende ahora como lo ha entendido y visto siempre y como siempre lo verá y entenderá. El entendimiento divino realiza la obra infinita del infinito entender.

Para Dios no hay futuros. Dios es el ahora eterno. Nada hay escondido o desconocido para Dios. Todo está presente y lo ve en su entendimiento y en su Verbo. El Verbo no sólo es naturaleza semejante, sino que es la misma naturaleza y esencia infinita y simplicísima con la única relación de inteligente y entendido.

Sólo el entendimiento divino puede entenderse a Sí mismo infinito como es. Al entenderse a Sí mismo en su concepción o palabra interior, se ama

con amor infinito y con gozo infinito interior. Es el amor y el gozo infinito del entendimiento que entiende y del entendimiento entendido; es el Espíritu Santo, tan eterno como el entendimiento que entiende y el Verbo entendido; es una misma naturaleza y esencia con ellos, simplicísima, infinita; es el mismo Dios y el mismo acto purísimo con ellos, distinto porque es amor infinito y gozo infinito; es la relación de amor entre sí dentro de sí; es la Trinidad Santísima: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, un solo Dios omnipotente, una sola esencia en tres personas divinas. Las relaciones de paternidad, de filiación y de inspiración, son sustanciales en Dios, porque en Dios todo es sustancia, no hay accidentes.

Esta es la obra infinita y constante de Dios. Esta es la vida infinita y el gozo infinito de Dios. Sólo Dios puede tenerla, porque sólo Dios puede comprenderse en sabiduría infinita y gozarse en amor y en gozo infinito y continuo.

Dios no puede mudarse. En Dios no puede haber sombra de tristeza o de cansancio. Dios siempre es la infinita felicidad y el infinito gozo, como es el infinito poder y la infinita hermosura. La felicidad de la criatura espiritual es comprender y ver y poseer la esencia de Dios y participar de la vida divina en todas sus perfecciones en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. El Padre y el

Hijo y el Espíritu Santo, Dios infinito, obran en el alma.

La obra externa o la creación de los mundos, con toda la variedad de astros y de seres que existen, que habrán existido y existirán; con toda la maravilla innumerable de criaturas espirituales, que no puede mi inteligencia ni soñar, con todas las grandezas y misterios de los seres, es como nada delante de Dios. Dios siempre tuvo presentes los mundos y los seres que existen, los que han existido y los que creará, desde el ángel más excelso, hasta el imperceptible átomo, con todas sus propiedades y variaciones. Todos estábamos presentes siempre en Dios desde la eternidad y siempre lo estaremos. Un día dijo Dios: Quiero que aparezca esto, y se hizo la creación, que admiramos por el tiempo que Dios ha prefijado, y se harán las creaciones que quiera crear con todas sus magnificencias y maravillas. Nada hay nuevo para Dios. Todo está presente a Dios y este Dios está presente en mí, todo, infinito, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y yo estoy presente a Dios y lo he estado siempre.

En la oración me recojo de modo especial y con amor especial en Dios, y se me comunica de muy especial manera obrando en mí su obra de amor. La obra maravillosa de Dios en la creación, sobre las demás maravillas, es la obra de amor y de santidad, que obra en lo interior del alma por co-

municación de su amor, y de donde vienen las virtudes al exterior. En la oración, estando yo con Dios, está Dios obrando en mi alma su obra más maravillosa creada. Me está llenando de amor. Me está comunicando santidad y perfección suya.

Me complazco en repetir que Dios es el acto purísimo, el acto simplicísimo sin composición ninguna y sin división posible, el acto y la actualidad infinita de perfecciones. Nada nuevo puede recibir, pues lo tiene todo. Nada puede perder nunca de lo que tiene, porque es infinito, porque es la actualidad toda y la perfección posible. Y este acto infinito, esta suma perfección, esta actividad infinita, está en mí, me ha criado y está amándome e invitándome a participar de sus perfecciones.

Dios no necesita lugar. El lugar es para lo corpóreo. El lugar lo determinamos o necesitamos nosotros, nuestros cuerpos. Antes de la creación Dios existía en Sí mismo con la misma perfección que hoy tiene. El lugar no le da perfección. No existía el cielo local, que Dios crearía en el tiempo para los bienaventurados, como no existía criatura alguna, y Dios existía feliz. Antes de la creación externa Dios era tan infinito, tan perfectísimo, tan glorioso y feliz como después de la creación. Dios era infinito en su goce, infinito en su gloria, infinito en su poder y en su dicha e infinito en su permanente obrar de dentro, porque Dios existía en Sí mismo, porque Dios es la gloria de Sí mismo.

120. Me maravillo pensando en el cielo local, criado para morada feliz de los bienaventurados, y lo imagino como lo más grande y que Dios vive en él, pero la imaginación nunca puede llegar a la realidad. Y el cielo, comparado con Dios, es un átomo de nada creado por Dios con todo el lujo, con toda la hermosura, con toda la delicia y encanto, muy superior a cuanto puedo soñar. Es una criatura de Dios. El cielo verdadero de Dios es El mismo. De ese cielo, lugar de bienaventuranza, a Dios hay distancia infinita.

Dios ha criado el cielo y Dios me ha criado también a mí para ir al cielo y allí ser feliz. Sin Dios el cielo no sería cielo ni tendría yo felicidad. Dios, repito, no necesita lugar. Dios es el cielo de Sí mismo. Por la perfección suya o atributo de la inmensidad está Dios en todo lo que creó. No puede existir ni un átomo donde no esté Dios. Estará a cien mil millones de años de luz, como dicen algunos astrónomos distan los extremos opuestos del diámetro del universo, distancia superior a toda imaginación y a todo cálculo; pero en cada uno de los átomos de esos extremos opuestos allí está Dios todo, totalmente, infinito, perfectísimo.

El atributo de la inmensidad exige que Dios esté y esté todo totalmente donde ejerce su acción y nada puede existir y nada puede conservarse en la existencia si Dios no lo crea y no lo está sosteniendo en el ser.

Hermosas y expresivas son las palabras de San Agustín: «*Dios está todo en solo el cielo y está todo en sola la tierra, y está en el cielo y en la tierra todo sin estar contenido en lugar alguno, sino que está en Sí mismo y en todas partes está todo.*» Como es omnipotente, es también inmenso.

No deja Dios de ser simplicísimo por su inmensidad y está todo en todos los seres por esencia, presencia y potencia; por esencia, creando y conservando los seres; por presencia, viéndolos y conociéndolos; por potencia, dirigiéndolos y gobernándolos. Dios está dando la propiedad y la actividad a cada uno de los seres. Dios está gobernándolos y dirigiendo a cada uno en particular y a todos en común. *En Dios vivimos, en Dios nos movemos y en Dios estamos,* decía San Pablo.

121. Dios está en todos los seres de la creación, pero quiere estar en las almas de una manera más delicada y más alta que toda la creación material, como está en el alma del justo por gracia y unión íntima de amor. Tan íntima como están mis ideas con mi entendimiento y mis afectos con mi alma. Cuando yo he entendido una verdad, la hago mía y se hace una misma cosa con mi entendimiento. Y cuando yo amo algo o a una persona, lo amado está en mi alma siendo mío. Por una unión tan íntima como ésta quiere Dios estar en mi alma haciéndose mío y yo de El. Dios

quiere hacerme luz suya y hermosura suya comunicándome su hermosura y su luz. Dios quiere que tenga con El confianza de unión y con El todo lo podré.

Dios está aquí en mi alma siendo amor mío. Mi alma, cuando se recoge en la oración, vive esta altísima realidad de estar con Dios y en Dios. Donde quiera que yo esté, está Dios conmigo y en mí; pero lo está de modo muy especial y en amor cuando me recojo con El en la oración para tratar de amor, para ofrecerme en amor. Dios está aquí, en mi alma, y está amándome, dándoseme. Dios aquí en mí y desde mi alma está gobernando los mundos y presidiendo y dando vida y pensamientos a las almas y espíritus y creando los nuevos mundos que crea y continuará creando. Dios siempre está creando y creará nuevos mundos. ¿No nos dicen los astrónomos que algunas supergalaxias se distancian a velocidades de la luz? Dios desde mi alma gobierna los mundos y crea otros nuevos. No es esto una ficción, sino altísima y muy regalada realidad, y yo me veo como centro del universo.

Porque Dios está en todas las partes y Dios es el centro de todo y el manantial de todo. Aun cuando mi entendimiento no pueda concebir tanta grandeza, la realidad es así y me lo enseña le fe. No hago yo una ficción falsa cuando me miro como centro del mundo y el que está en las Américas se

mira también como centro del mundo y el que está en el cielo es centro del mundo, porque Dios está en todos los lugares y es el mismo y está todo, infinito, omnipotente sobre todo cuanto puede concebirse. Porque nada de cuanto se puede concebir o imaginar puede nunca llegar a tan alta realidad.

Recuerdo de nuevo la comparación que se expresa por un disparate científico, pero en Dios es hermosísima verdad. Nos dicen los geómetras que el círculo es la figura perfecta, porque se cierra a sí misma y sus puntos están equidistantes del centro. Todos los radios que se tiran desde la circunferencia van a parar a un punto centro, y se dice que Dios es una circunferencia o esfera que abarca todos los seres y toda la creación, y que el centro de esta circunferencia, que es también Dios, está no en el centro, sino en todas las partes, porque Dios es el centro y está todo en todos los lugares y está todo.

Me salta el corazón de gozo al pensarlo: Dios está en mí. Dios está todo en mi alma y desde mí dirige los mundos, y crea las almas e ilumina y llena de felicidad a los ángeles y a los santos en el cielo. Dios está en mí y es infinito en toda perfección, se hace mío; es mi Padre, mi Creador, será mi Salvador y mi Glorificador. Está en mí, dándome la vida y la salud del cuerpo que tengo y dándome la vida natural y la vida sobrenatural de mi alma. Este mi Dios infinito me ha llamado;

este mi Dios infinito me cita a mí en la oración para que venga yo a estar con El, que es todo luz y hermosura, de una manera más íntima, más amorosa y confidencial, porque quiere envolverme en esa su hermosura y ungirme con el bálsamo de su bondad. Y está en mí sin reservas; se me da cuanto mi pequeñez pueda recibir y según yo vaya agrandando mi capacidad irá El poniendo más amor y más gracia.

Soy de Dios. Me he ofrecido a Dios. Dios me quiere llenar de sus gracias y de El mismo.

122. Dios siempre está obrando sin interrupción su obra en infinita actividad. Para Dios nunca hay noche. Siempre obra el sumo gozo. *Dios obra por su ser.* Dios no tiene potencias. Yo tengo mi alma, y mi alma obra por las potencias y por los sentidos. Si mi alma obrara directa por su ser y como ser, como siempre está en mi cuerpo, estaría siempre obrando, estaría siempre entendiendo, queriendo y amando; pero yo soy compuesto. Duermen mis sentidos y parece que duerme también mi alma.

Dios es simplicísimo. Dios no tiene potencias ni sentidos. Ni siquiera es en Dios distinta su existencia de su esencia. Su ser es su existir, y su ser es su obrar, y su ser su entender y su querer. Dios obra directamente por su ser y siempre es el ser infinito y está siempre obrando en infinito gozo,

en infinito amor, en omnipotencia, la maravilla de la vida infinita dentro de Sí mismo y obra cuando es su voluntad la maravilla de la santidad en las almas que quieren ser fieles a su llamada. Yo obro lo poquísimo que puedo por mis potencias y sentidos. Dios obra por su ser en omnipotencia cuanto quiere y necesariamente su vida infinita y eterna. Dios mío, ¿qué será el cielo? ¿Qué será ver lo infinito y gozar y vivir de tu misma vida infinita? Por mucho que yo piense, por mucho que sueñe, por mucho que yo levante el vuelo en alas del pensar y discurrir, todo es nada, todo es oscuridad y fealdad comparado con la grandeza y hermosura y bondad y delicia del cielo y que Dios tiene preparado para mí. Y toda esa grandeza, hermosura y delicia del cielo es nada comparado con la grandeza, bondad, hermosura y gozo de Dios. ¡Dios es infinito en todo bien y eterno! ¡Y con este Dios infinito me recojo y trato yo en la oración!

Este Dios infinito y hermosura soberana es el que vive en mí. Este infinito, superior a todo lo existente y creador de todo y poderoso para crear millones de millones de universos y de criaturas, además de las que existen, es Dios y está en mí. Yo soy obra de Dios. Dios me ha hecho y creado para el cielo y me ha dado libertad para que pueda aprovecharla toda en amarle y obedecerle, en practicar las virtudes, que es el camino del cielo, y de

este modo crecer en el amor, para ir aumentando en bondad, y se va intensificando la hermosura de mi alma y grabándose en mi alma hermosa y viva la imagen de Dios. La oración es precisamente ejercicio de amor, sumergirse y empaparse en esta verdad de Dios, estar envuelto en la luz y en la hermosura del mismo Dios.

123. He leído un bello discurso sobre estas palabras: *He visto a Dios*... Le había visto en la polvareda inmensa de los astros del firmamento... Pero no había visto a Dios. A Dios no se le puede ver directamente en la tierra. Yo no he visto a Dios en Sí mismo. Pero ciego está el que no ve a Dios en sus obras y en los efectos. Veo que se va levantando rápida y velozmente una polvareda en verano en un camino seco y digo con seguridad por ahí va un automóvil. No veré el automóvil ni menos lo que va dentro, pero veo los efectos externos muy seguros. Pues más seguros son los efectos de las maravillosas obras que Dios ha hecho. Veo a Dios en los efectos tan sorprendentes y en los grandiosos de la naturaleza y del universo.

Si tan maravillosos son los efectos o las obras de Dios, ¿qué será Dios? Si tanto me admira lo poco que veo y conozco de la naturaleza, de los seres y de la inmensidad de los astros, ¿qué serás Tú, Dios mío? No veo a Dios en su esencia directamente ni le puedo ver sin la luz de la gloria por

su misma excelsitud. Y este Dios inmenso y omnipotente está en mí, está en mi alma, llena mi ser, me está dando la vida y el pensamiento y cuanto tengo. Y quieres, oh Señor mío, obrar en mi alma la obra maravillosa de la santidad.

124. Porque la obra por excelencia de Dios en las almas es la santidad, es la comunicación de su propia naturaleza y de sus propias perfecciones en amor a las almas.

¡Dios mío, que estás en mí por gracia y por amor!, ¿cómo te lo agradeceré? Y tu gracia y tu amor puestos en mi alma me unen a Ti mismo y te hacen mío y me hacen tuyo. Me deleita pensar lo que me enseña la teología que al hacerte mío te unes tan íntimamente a mí y te haces tan mío como son mías mis ideas y están unidas a mi propia inteligencia, como se hace mía la verdad y el amor y están identificados con mi inteligencia y con mi voluntad. Al unirte conmigo me levantas, me transformas y haces amor tuyo y vida tuya. ¡Bendita el alma que es delicadamente fiel y de quien Tú eres su vida! ¡Bendita el alma que ha tenido la decisión de salir de las cosas externas y de sí misma y se ha metido en este mar de dulzura! ¡Bendita el alma que, metida en Ti, en la luz de tu hermosura, en lo inefable y sobrenatural de Ti, respira y vive tu ambiente y tiene el pensamiento y los afectos en todo esto divino, porque exterior e

interiormente será luz y hermosura tuya e irradiará la fragancia de tu perfume! ¡Ya entonces se verá libre de la flaqueza y del desorden de sus potencias y sentidos, de su memoria y loca imaginación! ¡Ya vive anegada y gozosa en la bondad de Dios!

¡Vivo en la infinita hermosura de Dios, aun cuando aún no la siento! Dios quiere que no manche yo ni enturbie la blancura y la transparencia que desea poner en mí. Dios mío, pues vives en mí, que no manche yo tu hermosura, que no ponga fealdad alguna en tu blancura. Que no impida las maravillas que quieres obrar en mí. Y que obres en mí todas estas maravillas inexplicables.

Que yo viva esta vida tuya depende de mi fidelidad y de mi cooperación. Depende de mi constancia en estar contigo y tratar contigo y dejar que vayas quitando de mí, célula a célula, esta pobreza mía y me vayas poniendo las sobrenaturales de virtud, de bondad, de hermosura, de cielo, de divinidad. Pero es tu amor quien tiene que hacerlo en mí. Sin tu amor yo nada soy y nada puedo; hazlo Tú, Dios mío.

Entonces te cantaré con mis obras el cántico de la alabanza y del agradecimiento más agradable a tus ojos. Entonces mis pensamientos y mis afectos y mis recuerdos e imaginaciones, y hasta las acciones de mi cuerpo, serán tuyas por inclinación de tu amor. Entonces me uniré en los deseos y en

la realidad del amor a los mismos ángeles del cielo y a Ti mismo, por tu misericordia. Pero eres Tu, oh Señor, quien tiene que hacerlo en mí. Tiene que ser la obra de tu amor. Este vestido de cielo sólo Tú me lo puedes vestir y dar.

Si me preparo y dispongo para recibir al Señor con esta perfección, no dejaría el Señor de derramar sus misericordias sobre mí y por mí al mundo, como se difundieron por la Santísima Virgen y por los apóstoles. Dios desea la santificación y la transformación de mi alma y espera mi cooperación y esfuerzo. ¡Cuánto puede ante el Señor la intercesión de un alma santa!

Por el alma santa envuelve Dios al mundo en su hermosura y luz. Por el alma santa envía el Señor sus fragancias de cielo a las demás almas. La intercesión del alma santa ilumina las negruras y limpia las manchas de las fealdades y ofensas contra Dios. El alma santa enseña a cantar las alabanzas y bondades del Señor a todos los hombres.

Alma mía, ¿a cuándo esperarás decidirte y ofrecerte? Dios está en mí. Dios quiere hacerme templo vivo suyo donde se canten sus bondades. El amor enseña el cántico del agradecimiento y de la alabanza. El amor crece con la perfección de las virtudes. Dios transforma al alma fiel en unión de amor con El. El amor fortalece al alma para todas las empresas de santidad.

Dios mío, dadme que viva ya esta verdad del amor. Porque el amor me hará gustar de esta grandeza sin igual; Dios está en mí. Dios me ama y me une en amor a Sí. Vivo en el Señor y para el Señor. Soy ya en la tierra de Dios y lo seré en el cielo gloriosamente.

NOVENA LECTURA - MEDITACION

DIOS ME HA CREADO PARA LA FELICIDAD ETERNA. ¿QUE ES DIOS? ¿ESTA EN MI ALMA?

125. Me he consagrado a Dios y mi consagración me obliga a tener el pensamiento y el afecto en Aquel a quien me he consagrado. Al recogerme ahora con Dios no sólo fijo más atentamente mi mirada en Dios ni sólo me ofrezco a Dios con especial delicadeza de amor, quiero también avivar en mí este ideal altísimo que me he propuesto y ver la grandeza del llamamiento que Dios me ha hecho, porque es llamamiento de luz, de hermosura, de bondad y de amor.

Cuanto más reflexiono y miro las perfecciones y la belleza y encanto de Dios, más le admiro y más deseo amarle y más deseo conocerle. Me sucede lo que nos enseñan de los ángeles y de los bienaventurados, que los que más le ven y le

conocen más, mejor comprender que es infinito en todo bien y que les queda mucho más por ver. Los ángeles y los bienaventurados le ven en su esencia y directamente en sus perfecciones, y le ven en gozo continuo y siempre nuevo y en felicidad perpetua; yo aún estoy en este valle con las lágrimas en los ojos y viendo que no veo nada de Dios.

Veo en lo alto del firmamento unos puntitos brillantes y me dice la ciencia que esos puntitos son mundos inmensos y constelaciones de las galaxias. Entre el puntito brillante y la inmensidad de los astros hay proporción; pero entre las ideas que yo puedo tener de Dios por los efectos que veo en las criaturas y por lo que me enseña la fe no hay proporción con la realidad de Dios. Dios es infinito sobre todo sueño y sobre todo cuanto puede alcanzar la inteligencia.

Agrada el conocer las bellezas y propiedades maravillosas de las criaturas. Deleita soñar en hermosuras y delicias ficticias; pero nada debiera deleitarme tanto como pensar en Dios, porque nada hay tan delicado, tan noble, tan alto y hermoso, tan grande y soberano como Dios, y Dios es el amor, el sumo amor, el amor infinito. Pensar en Dios, amor, hermosura y grandeza, despertará y avivará en mi alma el deseo y el amor de Dios. Dios me atraerá y afianzará mi voluntad en la determinación hecha de vivir solo y todo para Dios.

126. Dios me ha creado para la felicidad y con amor especialísimo, con predilección que no sólo no sé expresar, pero ni aun oscuramente comprender, me ha traído para estar con El y, viviendo en El, comprender y agradecer mejor la delicadeza de este llamamiento y que me haya criado para la felicidad. Esto me estimulará a amarle más y, amándole más, conseguir mayor felicidad en el cielo.

Dios es el único que me puede dar la felicidad y llenar mis ansias y mi capacidad de amar. Ni las cosas ni los seres más queridos pueden llenar nuestro corazón; no está en ellas la felicidad. Alegran corto tiempo y luego dejan vacío, y muchas veces amargura. Sólo Dios me puede dar la felicidad.

La felicidad es plenitud y seguridad de poseer ya todo bien interior y exterior; es saturación y gozo por haber logrado satisfacer toda ansia y todo anhelo noble y santo. Es sentir ya llena toda la capacidad del alma en amar, en saber, en poseer con contento y paz y descanso todos los bienes, sin temor a perderlos nunca. Es cierto que no puede darse en esta vida y en este mundo. Sólo nos la puede dar Dios y no nos la da en este mundo; Dios nos la ha prometido para el otro.

San Juan de la Cruz, traduciendo la definición clásica, decía que *la felicidad es juntura de todos los bienes*. Y Santo Tomás me enseña que *esa actualidad simultánea de todos los bienes está en la*

visión de Dios. La bienaventuranza y felicidad perfecta es la posesión gozosa del bien perfecto, que totalmente satisface y aquieta el deseo. Si el deseo no encontrara el total descanso gozoso, no sería feliz, no habría llegado aún a su fin último. El objeto de la voluntad es el bien universal, y el bien universal no está en ningún bien criado, por noble y alto que sea. La felicidad gloriosa del hombre está en su unión con el Bien increado, que es su último fin, que es Dios.

El hombre se une a Dios y toma posesión de Dios por la visión de la esencia de Dios cuando Dios, con la luz de la gloria, levante su entendimiento a visión de cielo. La felicidad del hombre es su última perfección y la adquiere viendo directamente a Dios. La adquiere cuando el entendimiento se llena viendo a Dios y todas las cosas en Dios; cuando la voluntad se sacie gozando de todos los bienes en el bien de Dios y viendo que esos bienes y goces ya serán para siempre, para siempre, sin ninguna sombra de cansancio, siempre en gozo inenarrable, siempre en más admirable novedad, siempre en más altos conocimientos de Dios y de las criaturas, siempre conociendo más de la hermosura, de la grandeza, de la bondad de Dios y viendo que siempre queda inmensamente más que conocer; siempre sumergiéndose en el infinito y glorioso amor de Dios.

La felicidad es la actividad perfecta en gozoso

descanso de las más perfectas potencias del hombre que redunda a todo el ser y excluye toda tristeza e inseguridad. Es la más noble y más perfecta actividad de la potencia más noble sobre el mejor objeto, produciendo el mayor gozo de las potencias. El entendimiento entiende a Dios, y la voluntad ama a Dios infinito cuanto son capaces de entender y de amar y gozan cuanto tienen de capacidad para gozar. Quedan llenas, saciadas.

Sólo Dios puede ser la felicidad y darla al alma. Sólo viéndola directamente en su esencia entra el alma en la posesión de Dios y de la felicidad. Sólo Dios puede llenar la capacidad de entender, de amar y de gozar de mi alma. Y Dios ha prometido llenármela en el cielo perpetuamente sobre cuanto yo pueda comprender, desear y soñar. Ni habrá bien que yo desee que no le tenga con hartura.

Si me fuera dado recoger todos los bienes criados juntos y usar libremente de ellos con toda su hermosura, con toda su luz, con toda su grandeza, con todo su encanto y bondad, no podrían llenar todos ellos mis ansias y mi capacidad sin cansancio, porque Dios me ha criado para lo infinito y para lo sobrenatural, que es El mismo.

127. Un animalito, una mansa oveja, encuentra su dicha en la distracción que tiene en el instante que usa de su apetito y que cuando yo lo pienso me da mucha pena, porque me recuerda mi

inclinación corporal. El animalito está todo el día con el hocico por el suelo en la comida. Una gallina todo el día con el pico por el suelo picoteando todo y siempre para llenar el estómago y satisfacer el paladar. ¡En qué poco encuentran ellos su satisfacción y felicidad! Dios les ha hecho solamente para la vida presente, para la felicidad natural, sin ansias de la sobrenatural y eterna. Ellos comen para vivir y viven para comer.

A mí me ha dado ansias de eternidad y me ha criado para la vida eterna, para la felicidad sobrenatural y eterna. Aun cuando yo tuviera y conociera todo lo creado, aun cuando estuvieran a disposición mía todas las riquezas de la tierra y todas las criaturas, no estaría por mucho tiempo satisfecho ni tendría la felicidad; vendría muy pronto a mi espíritu el cansancio, el deseo de otra cosa, el hastío, el temor de perderlo o de cambiar: la desconfianza. Lo observamos en los ricos o poderosos de la tierra. Ninguno está satisfecho por largo tiempo; ninguno tranquilo. Observé un tiempo que los suicidios que se anunciaban correspondían más a gente desahogada o pudiente que a pobres.

Dios me ha criado para lo sobrenatural y de tal manera que nada de lo natural puede completamente satisfacerme por largo tiempo. Lo sobrenatural y lo infinito en todo bien y en toda perfección es Dios. Yo entraré en la felicidad cuando vea a Dios; entonces la felicidad me saturará

y me empapará en dicha completa, ya para no perderla ni disminuir jamás. Me llenará el gozo y la exaltación de la alegría; recibiré la sabiduría y todos los bienes; podré y sabré y disfrutaré de lo imposible cuando vea a Dios en su esencia y reciba el conocimiento de Dios.

Veré a Dios y en Dios veré todas las cosas y veré y experimentaré que todas las cosas son como nada ante Dios. Desaparecerán las distancias y las ignorancias sobre la naturaleza criada. Poseeré a medida de mi deseo y de mi conocimiento. Intimaré en amistad y en trato con las más altas criaturas humanas y con los mismos ángeles. Pero no seré más feliz porque conozca o trate o posea cuanto codicie, sino porque veo y gozo de Dios y todo lo encuentro en Dios y lo veo y lo poseo y gozo en Dios.

128. Veré a Dios, poseeré a Dios y gozaré ya para siempre del gozo y dicha de Dios infinito. Dios es por su esencia el sumo gozo y el sumo bien, la suma sabiduría y hermosura, y me los quiere comunicar y ha creado el cielo y me lleva al cielo y me ilumina con la luz de la gloria para comunicármelo con su visión, y me hace participante de las maravillas de su omnipotencia. Veré a Dios, gozaré perpetuamente de Dios, conoceré a Dios y todas las cosas y secretos en Dios. Veré la hermosura del alma de mis hermanos los hom-

bres y de los ángeles en Dios; conoceré sus pensamientos y me gozaré de sus gozos. ¡Oh Dios mío! ¡Para qué grandezas tan inimaginables me habéis criado! ¡Seré eternamente feliz en Dios!

Nada desearé que no posea. Todo lo conoceré y disfrutaré en la luz de Dios. Dios se me dará. Dios será mío. Dios me llenará. Todas las cosas serán mías y estarán a mi disposición.

Veo y admiro a tantas almas consagradas y retiradas o apostólicas que, voluntaria y generosamente inspiradas por Dios, dejan todas las complacencias sociales y renuncian a los regalos que pide el cuerpo y a las disipaciones de la imaginación y abrazan una vida de sufrimiento, de penitencia, de dureza material, por amor de Dios y por las ansias que tienen de la felicidad en Dios. La ciencia humana no conoce esas verdades y el cuerpo pide sus gustos. Pero la sabiduría de Dios y su amor les han enseñado la ciencia del sufrimiento y de la inmolación.

Dios me quiere dar la felicidad para la cual me ha criado y quiere dármela en ese orden altísimo, sobre toda comprensión natural. Me la quiere dar en el orden sobrenatural dándoseme a Sí mismo. No sólo me dará Dios todos los bienes apetecibles y los que ahora me son desconocidos, sino que se me dará a Sí mismo en donación perfecta. Sin esta donación no tendría yo la felicidad perfecta. El alma desea naturalmente toda la ver-

dad y gozar el gozo de la verdad. Dios es el sumo Bien y la Sabiduría por esencia y la Hermosura, porque es la Verdad misma y toda la Verdad. En Dios se posee el gozo de la Verdad. Eres Tú, Dios mío, la Verdad, la Verdad infinita y la fuente de toda verdad criada. Sólo en tu posesión encontraré el gozo infinito y la satisfacción completa inmensamente más alta que la que ahora puedo imaginar y desear. Dios será mi felicidad.

Si el entendimiento y la sabiduría son los creadores del universo y de toda criatura, el fin último de toda criatura y del universo será el entendimiento creador, que es el infinito. El entendimiento infinito es la verdad, y la verdad será el último fin de toda inteligencia criada. La verdad y el gozo de la verdad al poseerla será mi fin y mi felicidad dichosa. ¿Por qué no encauzaré yo todos mis pensamientos y todos mis afectos a esta Verdad increada? ¿Puede haber algo más hermoso ni más alto ni que produzca mayor gozo ni deleite más noble? Tú eres, Dios mío, el Gozo infinito, porque eres la Verdad infinita. *La perfecta y única vida feliz es gozarse en Ti, de Ti y por Ti.* Poseerte a Ti es poseer la verdad, es poseer la fuente misma del gozo y la plenitud del gozo. Tú serás, Dios mío, la visión de tu esencia, la posesión tuya será quien me comunicará la felicidad para siempre. Que sea verdad en mí el mismo principio de San Agustín, que *desde que te conocí ya nunca me olvidé de Ti*

y siempre te tuve presente y por tu amor hice cuanto hice y en Ti lo encontré todo.

129. Si Dios me ha criado para la felicidad y quiere comunicarme la felicidad, exige de mí que quiera recibirla, que no ponga obstáculos y que la busque.

Dios se me ofrece, se me quiere dar, quiere llenar de Sí mis potencias y mi alma; me pide el corazón, la voluntad, para poder realizar su obra. *El que me crió sin mí no me santificará sin mi voluntad.* Sin mi voluntad, sin mi decisión, sin mi cooperación y entrega; sin la preparación, en cuanto está de mi parte, no se me dará el Señor en amor, no tomará amorosa posesión de mi alma ni establecerá en mí su morada de amor.

Quieres, oh Señor y Criador mío, tomar posesión de mi alma por tu gracia divina y por tu divino amor. Para tomar posesión y empaparme en tu luz y en tu hermosura me has llamado a la vida interior, me estás señalando las sendas de luz de la virtud, me inspiras a obrar siempre el bien y a amarte con todo mi corazón. Sé que según sea la intensidad y la perfección de amor a Ti será la confianza serena y apacible que en Ti tendré y será mi amor a Ti, ya que la confianza está en proporción del amor y será como Tú harás crecer en mí la gracia y el amor.

La intensidad del amor no se manifiesta por la

alteración nerviosa ni por la impresión afectiva, sino por la delicadeza, por el primor y la perseverancia con que se vivan las virtudes en todos sus detalles y en toda su hermosura y perfección. La constancia es flor imprescindible del verdadero amor.

Dios sólo puede poner en el alma la hermosura sobrenatural de la gracia y de su divino amor. Sé ciertamente que Dios quiere y está deseando ponerlos en mi alma y en todas las almas. Pero exige a todos y me exige a mí la cooperación, la decisión, mi esfuerzo. Aun cuando yo diga que tengo voluntad, aun cuando me parezca que estoy ardiendo en deseos, si soy negligente y perezoso para esforzarme y cooperar, no tengo ni voluntad ni amor ni verdaderos deseos. El amor es fuerza y luz que vence todos los obstáculos, supera todas las dificultades e ilumina las mismas tinieblas. El amor intenso vigoriza para llevar a cabo cuantos heroísmos haya que realizar hasta conseguir los deseos.

La Divina Escritura me enseña esto cuando escribe: *Dijo el perezoso...*, dijo, pero no hizo nada. Ansiaba tenerlo, pero que se lo dieran, que viniera hasta él, y se quedó sin nada. Quiere el Señor que yo le busque con presteza y con diligencia.

El Cantar de los Cantares presenta al Esposo llamando de noche a la puerta. La Esposa deseaba su venida, oyó que decía: *Abreme, paloma mía;* pero ella se hizo la perezosa y la interesante y res-

pondió que ya no podía salir, cuando salió se había marchado el Esposo; salió a buscarle y la maltrataron las patrullas que rondaban la ciudad y la robaron el manto.

Yo digo que quiero tener el amor de un serafín, pero permanezco quieto, no me esfuerzo, la pereza y comodidad me sujetan y no consigo el amor soñado. Dios quiere llenarme de ciencia altísima de santidad, como a un querubín, y abrasarme en ardentísimo amor de serafín; pero exige que yo coopere, que me esfuerce y venza mi negligencia y regalo, que sea fiel a su llamada. Esto es amor verdadero.

San Juan de la Cruz me presenta al alma saliendo inflamada en ansias de amor y clamando y va buscando al Amado por montes y riberas. El amor es fuerza y es llama y da decisión y determinación. El amor es serenidad de entrega, pero rompe por todo porque hay que realizarlo, y aun cuando pierda la vida en el esfuerzo no dejará de intentarlo.

Dios quiere tomar posesión de mi alma; Dios quiere establecer su morada de amor en mi alma; Dios quiere dárseme y llenarme de Sí mismo. Se me da por la gracia y el amor. Se da a quien es diligente en practicar las virtudes. Dios me exige la fidelidad con toda delicadeza y continuado esfuerzo. Recibe a Dios el que quiere recibirle y quie-

re el que se prepara con virtudes y súplicas de humildad.

Muchas almas decimos que queremos la entrega y la unión con Dios. Las almas consagradas en la vida religiosa en principio queremos y le dimos palabra de que trabajaríamos hasta conseguir el perfecto amor y la santidad. Yo ya estoy avanzado en años y con muchos en la religión consagrado al Señor, y qué infiel me veo y qué flojo en el espíritu, y qué indolente aún y falto en la virtud por no haber correspondido a las llamadas del Señor, por no haberme vencido de una vez. He sido negligente, perezoso y cómodo y condescendiente con mis gustos. Y sé que Dios quería de mí la santidad y que me escogió y me llamó para comunicarme la gracia de la santidad y el amor correspondiente.

Tengo que esforzarme y cooperar. De mi esfuerzo depende mi confianza en Dios, la vitalidad de mi vida interior y mis virtudes. De esta vida interior y virtudes, mi gozo de espíritu y la paz de mi alma. Estas son las señales eficaces de que quiero recibirle.

130. Dios quiere estar en mí por amor. Dios quiere tomar posesión de mí y dárseme.

Con la gracia y con el amor me da el Señor la vida nueva, el ser nuevo sobrenatural, la vida interior espiritual. Con la gracia y con el amor

tengo relación y trato íntimo de amor con Dios, participo de Dios mismo y de las perfecciones de Dios. El Señor pone en mi alma una hermosura nueva, una luz nueva, un conocimiento nuevo sobrenatural, secreto, y lo pone en lo íntimo de mi alma, en la esencia misma de mi alma, para transformármela, para divinizármela.

De esta vida sobrenatural y de esta luz, que es participación de Dios y será cielo después de la muerte, me comunicará el Señor cuanto yo quiera. Dios quiere que este ser nuevo sobrenatural que pone en mí, que esta vida nueva y participación de El, sea grandísimo, inmenso, pero lo deja a mi fidelidad; será tanta, cuanto sea mi esfuerzo y mi cooperación.

Dios puso esta vida nueva de gracia y de amor sobrenatural en los santos; Dios llamó a la vida interior y a las virtudes a los santos, y los santos la cultivaron, se esforzaron, vivieron delicada y esforzadamente las virtudes, se entregaron y fueron constantes en su entrega y se hicieron santos. Dios me llama a mí para vivir la misma santidad; quizá me ha dado más gracia que les dio a ellos, me destinaba para ser más santos que ellos y no lo soy. ¿Espero serlo? ¿Me esfuerzo y venzo para serlo? ¿Será mi lamento vacío? Dios no ha puesto límite alguno a mi santidad hasta la hora de mi muerte. Puedo estar siempre creciendo en gracia si estoy siempre practicando las virtudes. Esto es verda-

dero amor. Dios quiere dárseme y tomar posesión de mí. Se me da sin otra medida que la de mi gracia y mi amor. Dios quiere tomar posesión perfectísima de mi alma y lo hace según sea mi perfección.

Son almas de amor, de luz y de hermosura las almas a quienes Dios se ha dado ya en gracia y en amor especiales y de quienes ha tomado posesión y en quienes ha puesto su morada. Las almas-amor son templos vivos de Dios y están fortalecidas con su gracia. Iluminadas con la ciencia divina, repiten: *Mi Amado para mí y yo para mi Amado.*

131. ¿Quién es y qué es ese Amado? Mi Amado eres Tú, Dios y Señor mío. ¿Qué diré yo de Ti? ¿Cómo diré algo que sea digno del Amado? Al solo poner el pensamiento en Ti se pierde mi entendimiento y se pasma de admiración mi espíritu. Ayúdame, Señor, a pensar un poquito en Ti, aun cuando de antemano sé que todo lo que pudiera pensar, no ya mi entendimiento, sino la inteligencia más penetrante y cultivada, es oscuridad y tiniebla comparado con tu luz y con tu hermosura y grandeza.

Mi Amado, Dios, es el cúmulo y la reunión de todas las perfecciones en grado perfectísimo. Es la perfección misma por esencia. Todo cuanto puede soñar la inteligencia humana de hermosura, de luz,

de grandeza, de variedad y riqueza, de armonía y encanto, es un pobrísimo balbucir de la perfección divina. La inteligencia humana no puede concebir nada más que un remotísimo concepto, que no se parece en nada a la altísima realidad de Dios. Dios es la hermosura infinita.

Dios ha creado al hombre por amor y para amar al Amor. Mi mayor ansia es el gozo de amar y de ser amado. Dios es el amor infinito, el único amor que puede saciar; es el resplandor y gozo infinito que procede de la posesión de la Verdad infinita. Dios me ha creado para amarle y para dárseme en amor glorioso para siempre, para siempre, como gustaba repetir Santa Teresa. Dios me ha creado para hacerme participante de su amor glorioso o de *su eternidad, que es la posesión gozosa y simultánea de todos los bienes sin sombra ninguna y ya sin fin.*

Dios me dará de su amor o me hará participante de su misma gloria cuanto yo quiera y cuanto con mis obras gane, porque mi querer es mi determinación de obrar.

Dios me dará de esa su infinita plenitud de sumo bien y de todo bien para poseerle en la más alta exaltación gozosa del más intenso conocimiento, del más intenso y delicado gozo, de la más soberana hermosura, de las más insospechables y variadas perfecciones.

Ahora en la tierra tengo que estar constante-

mente sobre mí para no dejarme engreir de un átomo de nada que creo o sueño tener de alguna perfección. Es la vanidad humana, que se cree no caber en la tierra y queda todo en nada o en un vestido que cubre un cuerpo feo y enfermo o en una esbeltez que mañana deshace o desfigura cualquier dolencia, y todo es vaciedad, nada.

Dios me ha creado no para la vaciedad y sombra de nada, no para destruirme, sino para lo más grande que podía crearme. No me ha creado Dios ni del modo más perfecto, ni me ha dotado de las mejores ni más abundantes cualidades. Dios ha puesto una inmensa gama de perfecciones y valores en la creación. Pero sí me ha creado para lo más grande, perfecto y glorioso que podía crearme, porque no hay nada semejante a El ni en grandeza ni en gloria ni en perfección alguna, y toda perfección que existe por El ha sido creada. Dios es el infinito en gloria, el infinito en poder y en entender y en amar y me ha creado para El mismo, para comunicarme de su gloria y de sus perfecciones. Dios es mi fin último y permanente. Tanto me comunicará o hará participante Dios de su gloria y de sus perfecciones y felicidad cuanto yo mismo quiera. Lo más grande sin comparación para lo que me podía crear y lo más grande que me podía comunicar es El mismo, su ser infinito. Y quiere llenarme, saturarme, empaparme de su

mismo gozo, de su misma gloria, de sus mismas perfecciones y de su misma sabiduría y amor.

Podías, Dios mío, haberme hecho inmensamente más perfecto, pero no podías darme un fin más perfecto, más hermoso y glorioso que el que me has dado. El fin es poseeros a Vos y poseeros para siempre, y en vuestra posesión poseer todos los bienes criados y soñables, poseer toda la delicia y encanto, poseer toda la luz y hermosura, poseer todo el conocimiento y todo el amor y alegría que puedo soñar y desear y del modo más dichoso.

132. ¡Poseeros a Vos, Dios mío! Pero al reflexionar sobre esto mi entendimiento se deshace y anonada en admiración, en agradecimiento, en incomprensible grandeza. ¿Qué sois Vos, oh Señor omnipotente y amorosísimo? Con nada de lo criado puedo compararos, porque ninguna criatura se parece a Vos, que sois infinito y simplicísimo. Estando en alta mar, miraba, y cuanto veían mis ojos en derredor, todo era mar; el agua me rodeaba un día y otro, y en lo profundo agua. ¡Qué inmenso se me presentaba el mar sin fondo, sin orillas! Tiendo la vista por el espacio y veo como puntitos brillantes lo que me dicen los sabios que son mundos millones de veces mayores que la tierra. Y millones de millones de astros se mueven como átomos en el espacio a distancias de años y miles de años de luz unos de otros. ¡Qué inmenso

se me presenta el espacio del firmamento y más cuando leo las distancias que hay de unos a otros, tan asombrosas y superiores a todo número! ¡Qué será el Criador de todos y que lo preside y rige todo y sin su concurso no se mueve nada ni nada podría conservar la existencia!

Cuando el entendimiento intenta con humildad estudiar a Dios y saber de El, cuanto más se detiene estudiándole, más claramente ve que es incomprensible, conoce mejor que excede a toda grandeza y a toda inmensidad soñada, que es la perfección misma por su esencia; Dios es el infinito en todo bien y en toda perfección. No hay comparación posible que se aproxime a la realidad de Dios, y cerrando los ojos, confundido, anonadado, estupefacto de admiración, le adoro en silencio, exclamando: «¡Oh grandeza, oh inmensidad, oh hermosura y poder infinitos de mi Dios! ¡Oh Criador y Señor mío! Cuanto más te miro, más veo que hay más que ver en Ti, mejor comprendo que eres incomprensible; sólo tu mismo entendimiento puede comprenderte. Mi nada canta tu grandeza.»

Si la inteligencia del hombre más capaz, si la inteligencia del querubín más alto, si la inteligencia soberana del entendimiento creado de Jesucristo, superior con inmensa distancia a toda otra inteligencia criada, estuviera con toda su inmensa capacidad pensando siempre nuevos y más perfectos

bienes, nuevas y más admirables perfecciones, nuevas y más fascinadoras hermosuras durante toda la eternidad y siempre más perfectas y más altas y atrayentes y a éstos se uniesen todos los goces, todas las alegrías y encantos que pudiera pensar, nunca jamás, ni en toda la eternidad, podrían llegar a formar una idea clara y que se aproximase a la realidad de la infinita hermosura, del infinito amor, del infinito poder, de la infinita bondad y del infinito entender y ser de Dios. De ese altísimo concepto del entendimiento inmenso de Jesucristo a la realidad infinita de Dios siempre hay infinita distancia y todas las novedades, cada vez más sorprendentes, que se vean en toda la eternidad no pueden llegar ni en número, ni en hermosura y encanto, ni en valor, a la realidad y a la comprensión total de Dios. Dios es infinitamente sobre todo eso y más que eso. Nunca lo finito puede tener comparación con lo infinito. Dios es el ser infinito y eterno.

133. Dios es la Omnipotencia. Dios lo puede todo y lo hace como quiere y cuando quiere y como desde la eternidad tiene determinado. *Dios es la eternidad*, que, como enseña la filosofía, *es la posesión y gozo perfectos y simultáneos de todos los bienes, sin que pueda tener cabida sombra alguna de mal ni de hastío.* Para Dios no es posible haya novedad ni sorpresa alguna. Dios lo ha creado

y dispuesto todo *con orden, peso y medida.* Dios es el ahora dichoso y permanente. Lo que es ahora lo ha sido y lo será siempre. Dios nada puede adquirir. Dios nada puede perder o disminuir. Dios nada puede aprender que no supiera y tuviera presente.

Desde la eternidad yo estaba presente a El con todas mis acciones, con todos mis pensamientos, amores y deseos. Dios me veía todo desde siempre y nunca he dejado de estar presente a Dios. Hacedme, Dios mío, luz vuestra y amor vuestro. Ni un solo pensamiento que yo tenga ha dejado de estar siempre delante de Dios. Dios es el infinito actual y presente.

134. Recuerdo de nuevo el pensamiento de un teólogo y santo: Dios es no sólo lo más alto y perfecto que puede pensar la inteligencia, sino que Dios es sobre lo más alto y perfecto que la inteligencia criada puede llegar a pensar. Dios tiene todas las perfecciones de todos los seres. Las perfecciones absolutas están en El realmente y las perfecciones relativas están de un modo eminente, sin imperfección. Dios es aquello mayor y más perfecto, que no se puede llegar a pensar. Sólo Dios puede conocerse a Sí mismo. Dios es tan inmensamente grande y perfecto que ni su mismo infinito entendimiento puede pensar nada más grande y perfecto, ni aun puede pensar una sola perfección

que no haya tenido siempre, que no la tenga o no la haya de tener siempre. Dios es sobre todo.

Quiero hacer presente, para admirar más la grandeza de Dios, que se llaman perfecciones relativas las perfecciones creadas que en sí mismas encierran imperfección; una rosa es bella y tiene perfección, pero encierra en sí misma imperfección, es limitada, es de un determinado color, exhala sólo una fragancia; la materia o un cuerpo humano es bello, tiene perfección, pero encierra en su misma naturaleza imperfección; es compuesta, cambia, es limitada, no está presente en todas partes. Si Dios fuera materia y cuerpo no podía ser Dios, o expresándolo de otro modo: Dios no puede ser nada corporal. Maravillosas son las bellezas de la tierra y la hermosura de la luz, pero encierran en sí mismas imperfecciones. Dios tiene todas las bellezas y buenas cualidades de éstas, no de un modo real, sino de un modo mucho más perfecto y eminente. Sin ser materia, es el creador de la materia, y de la luz, y de las flores y secretos de la naturaleza. Tiene esas perfecciones en grado perfectísimo, sin imperfección alguna. Es mucho más perfecto tener las perfecciones materiales de un modo eminente que tenerlas físicamente. Dios no puede ser materia, ni cuerpo, ni luz, ni algo tangible o visible. Dios es sobre todo eso y el creador de toda materia y de toda luz; pero si fuera tangible o vi-

sible, sería corpóreo y limitado e imperfecto; no sería Dios.

Perfecciones absolutas son las que en su mismo concepto y esencia no encierran imperfección, sino que son la misma perfección si se tienen total y absolutamente. Estas perfecciones son el entender y el poder y el amar. Son perfecciones absolutas la bondad, la sabiduría, la hermosura y todos los atributos divinos. Dios las tiene perfectísimas, sin límites, en toda perfección. Dios no es sólo sabio, sino que es la sabiduría misma, y la hermosura y la dicha y el gozo y el poder, y lo es por su misma esencia, y por eso no tiene composición ninguna, sino que es simplicísimo, espíritu puro, infinito. No necesita lugar para estar, porque está en Sí mismo, y cuando algo crea, está allí todo presente, porque es acto simplicísimo y no tiene partes y está siempre en la infinita actividad de entender y de gozar.

Dios tiene realmente y actualmente todas las perfecciones absolutas perfectísimamente y es una suma perfección. Por esto Dios es y tiene no solamente cuanto perfecto puede pensar el entendimiento y del modo más perfecto, sino que es y tiene aquello mayor y más perfecto que no puede llegar a pensar la inteligencia criada. Nada de cuanto puede pensar el entendimiento criado, por alto, noble y hermoso que sea, puede acercarse a la infinita perfección de Dios.

No sólo la imaginación, sino el entendimiento, se desvanece y pierde gozosamente pensando tanta grandeza, tanta hermosura, tanta delicia, y queda como deslumbrado y envuelto y empapado en tan suave resplandor y encanto y perfección. ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios infinito! ¿Qué será la perfección y hermosura infinita? ¿Qué será la bondad infinita?

135. Solamente Dios puede comprenderse a Sí mismo. Solamente el entendimiento infinito de Dios se comprende tal como es, actualmente, ininterrumpidamente, con todas las perfecciones, con toda la omnipotencia, con toda la hermosura, con toda la bondad. Se conoce siempre actualmente; se conoce en infinito gozo y felicidad infinita. Siempre está en el presente dichoso y en Sí mismo ve todo desde siempre y para siempre y lo ve presente. En Sí mismo ve mi alma y todos los actos de mi alma y de mi cuerpo. Estoy presente a Dios y siempre he estado presente a Dios.

El entendimiento del alma de Jesucristo es inmensamente superior a todas las inteligencias criadas. Fue dotado de mayor capacidad de comprensión por su unión hipostática con el Verbo eterno, la Segunda persona de la Trinidad Beatísima. Ni el entendimiento criado de Jesucristo puede comprender totalmente a Dios. Del entender del alma de Jesucristo, tan altísimo y tan universal como es, al ser infinito de Dios hay distancia infinita.